

Prolegómeno

AUN A riesgo de ser considerado un tanto necrófilo, vuelvo, en este libro, a frecuentar las geografías del no-muerto. No es que tenga una debilidad por los cuerpos exánimes, sino que les reconozco un poder de significación que intento liberar escribiendo sobre ellos. Hace años, un amigo estuvo un mes de turismo en la India con su mujer y me contó que, navegando en una barquita por el Ganges, se encontraron con lo que parecía una cerúlea bola inflable que flotaba, de un tamaño similar al que tenían nuestras preciadas pelotas de NIVEA. Aquellas que lanzaban a la playa desde avionetas cuando éramos chavales. Inolvidable. Sin embargo, cuando mi amigo se acercó e intentó sacarla del agua, se dio cuenta de que lo que parecía un juguete de un color inquietante estaba adherido a un cuerpo mayor sumergido. Tirando de aquella imperfecta y porosa esfera se dio cuenta de que no era más que el testículo hinchado de agua del cadáver de un paria —no me pregunte nadie el porqué de tan bestial y unilateral ósmosis, porque no lo sé—, uno de los muchos que se arrojan al río ritualmente sin ritual a modo de entierro rápido. Se podría decir, sintetizando mucho, y dando cauce al más tremebundo pesimismo, que nuestra vida es un poco eso, la breve diversión y disfrute simbolizados por una extraña pelota de NIVEA que, secretamente, lleva incorporada el propio cadáver.

Ésta es la idea que quise explotar en mi anterior libro. Lo

que escribo ahora está menos signado por la inminencia de la propia muerte, y más por la sorpresa que me produce la vida de los muertos. De hecho, me puse a escribir este ensayo por un cierto compromiso tácito adquirido en la promoción de mi anterior libro, *Vampiros y zombis posmodernos* (2010), en el que me centraba mucho más en los nuevos chupasangres que en los proliferantes muertos vivientes ya democratizados. La razón de esta nueva aventura, hasta donde llega mi visión de lo consciente, es cuádruple. En primer lugar, mi olfato de analista de las tendencias posmodernas fue despertado con reiteración maquinal en mis conversaciones acerca de estos macabros seres. Observé que la avalancha cultural de sello vampírico era ingente, pero que los zombis centraban todavía más el interés, tanto de los periodistas como del público en general. Lo que está claro es que la muerte hace estragos. El matrimonio entre muerte y éxito multiplica su habitual significado, funcionando a las mil maravillas. Y el grado de delirio a este respecto llega hasta la edición de revistas *para hombres* como *Girls and Corpses*, donde aparecen fotografiadas chicas ligeritas de ropa junto a cadáveres de famosos, presumo que falsos, sean devorados por tiburones, por vampiros, por zombis o de muerte natural. Eso sí, ya todos en avanzado estado de descomposición.

En segundo lugar, los zombis captaron de nuevo mi atención porque los nuevos amigos que encontré entre mis presentadores en distintas ciudades de España, a cual más polifacético, sabio y humanista, me abrieron puertas que hasta el momento habían permanecido cerradas en mi primera incursión en el dilatado mundo de los muertos vivientes, dejando pasar un ejército de datos e interrogantes a los que uno quería enfrentarse, haciéndoles justicia, incluyéndolos en un relato más pormenorizado de la mortecina saga. Recuerdo, como revelaciones, la interpretación de los zombis como proletarios o como minorías oprimidas señalada por Tonio Alarcón, gran cronista del cine de terror y de ciencia ficción; el enciclopedismo cinematográfico de Ignacio Armada, junto a la cena que le debo en un restaurante

sito en una calle entre la plaza de Santo Domingo y la Gran Vía madrileñas; los apuntes del inabarcable Octavio Gómez Milián acerca del desconocido mundo del *fanta-terror* español y del febril mundo cultural aragonés; o la agradable ponderación científica de uno de los mayores expertos españoles en teleseries, Alberto Nahum García, profesor en la Universidad de Navarra, y autor del interesantísimo blog *Diamantes en serie*.

En tercer lugar, también me interesé en este subgénero por el interés que se me despertó entonces en torno al poliédrico umbral entre la realidad y la ficción, por motivos que explicaré más adelante relacionados con mi contumaz constatación de que se hablaba de tales criaturas como si estas perteneciesen al mundo real. Ya no se trataba de una laxa polisemia de la palabra *zombi*, según la cual uno podía referirse a los alienados, a los estúpidos, a los acídicos, a los atontados, a los espectadores, a los banqueros neoyorquinos, a la economía griega, al sector de la construcción español, a los consumidores desbocados, a los propios alumnos o a uno mismo, sino de preguntarse realmente en qué modo se podría decir que la ficción impregna la realidad a través de estos personajes de ultratumba. Es por muchos conocida la escandalera que se montó hace un par de años con la proyección de *A Serbian film* (2010) en el Festival de cine de Sitges, quedando imputado el director de tal evento por delito de exhibición de porno infantil. En tal filme, entre otras joyas, se podía observar lo que se ha dado en llamar *newborn porn*, que dejo encriptado para los suertudos que no sepan inglés, o escenas de un padre rodando una película porno en que sodomiza a su propio hijo prepúber, aunque sin saberlo. El celuloide, cuando retrata estas ficciones extremas, hace surgir toda una serie de interrogantes, como por ejemplo: ¿Es inmoral y/o delictivo usar tales execrables y abominables prácticas en la ficción? ¿Cuáles son los límites a establecer para dichas filmaciones? Por un lado, nadie está obligado, en democracia, a ver estas abominaciones. Por otro, podrían devenir abono para cultivar mentes enfermas. Te-

niendo en cuenta estos dos aspectos: ¿Es el mejor modo de reprobar este tipo de producciones el dejar caer el lento manto del olvido sobre ellas? ¿O habría que regularlas rigurosamente según algún criterio de verdad que, sin duda, resultaría problemático en nuestras sociedades posmodernas? La cuestión no es nada clara. Y es que, si queremos lanzar la caza de brujas, se nos plantean enseguida contradicciones, como el hecho de que la *Lolita* de Nabokov sea considerada una obra maestra, y Humbert Humbert un mero personaje de novela. ¿O es que habría que imputar también a Jorge Herralde por promotor de la pederastia a través de la publicación de sus soberbias páginas? Aunque investidos de un cierto amaneramiento y sofisticación, los pensamientos del protagonista del clásico mencionado no distan demasiado de los execrables actos cometidos por el monstruo austríaco de Amstettem. Veamos un ejemplo:

(...) Según la condición de mis glándulas y ganglios, en el transcurso de un mismo día podía pasar de un polo a otro: desde la ideas de que hacia 1950 debería librarme de alguna manera de una adolescente difícil que habría perdido su magia de nínfula, hasta la idea de que con paciencia y suerte podría eventualmente hacerla concebir una nínfula con mi sangre en sus exquisitas venas, una segunda Lolita que hacia 1960 tendría ocho o nueve años, mientras yo estaría aún *dans la forcé de l'âge*. En verdad, el telescopio de mi mente era suficientemente poderoso como para distinguir en la lejanía del tiempo un *vieillard encore vert*, el extravagante y tierno doctor Humbert todavía vigoroso (Nabokov, 1997, p. 191).

Y, por si fuese poco, tenemos la diáfana opinión del mismísimo escritor sobre esta controvertida cuestión, que en ningún caso intenta buscar atenuantes en el juicio que se le haga por haberla escrito, sino que apela a nuestra compartida condición

de adultos, y en un escrito titulado *Sobre un libro llamado «Lolita»*, afirma, con beatífica despreocupación:

Es muy cierto que mi novela contiene varias alusiones a los imperativos fisiológicos de un perverso. Pero, después de todo, no somos niños, ni delincuentes juveniles, ni analfabetos, ni alumnos de escuelas públicas inglesas que tras una noche de juegos homosexuales deben soportar la paradoja de leer a los antiguos en versiones expurgadas (Nabokov, 1997, p. 343).

Tales preguntas, surgidas de esta contaminación de la ficción por la realidad y viceversa, de esas tensiones bidireccionales, tanto descriptivas como performativas, que caracterizan el comercio entre los textos, visuales o escritos, y el mundo, son de difícil respuesta. Sin embargo, gracias a esa problemática porosidad no solo obtenemos dilemas éticos, sino también riquezas semánticas, que, como intentaré mostrar, se multiplican en el caso de los zombis y acompañan nuestro pensamiento.

Y la cuarta, última y más reciente razón sería mi lectura del libro *Filosofía Zombi*, del hipertrófico y poético Jorge Fernández Gonzalo, reciente finalista del prestigioso Premio Anagrama de Ensayo. Para mi sorpresa, en él se le daba un nuevo vuelo a la denominación de origen zombi, acercándola a las latitudes de la crítica cultural de la mano de grandes del pensamiento como Foucault, Deleuze o Blanchot. Este ensayo suponía, en cierto modo, lo mismo que la obra del director austriaco Haneke para el cine: la rotura de la *cuarta pared*. Tal novedad, que en las películas de este apocalíptico realizador supone una apertura metacinematógrafa que busca y apura un diálogo crítico sobre su afición al cine con el espectador, en el caso del mencionado libro, coincide con la admisión teórica, en campo filosófico, de un concepto como el de zombi, para intentar denominar ciertas idiosincrasias del retrato antropológico posmoderno, accediendo así, más o menos conscientemente, a una cierta

meta-filosofía, a un determinado discurso sobre la filosofía desde la propia filosofía, vehiculado a través de ese símbolo de gran versatilidad que es el zombi o, si se quiere, *lo zombi*. Aquí también intentaremos dar cauce al juego filosófico que da tal nominación o calificativo, explotando la dialéctica entre los pensamientos de Foucault y Derrida, hasta cierto punto maestro y discípulo, como lo demuestra, por ejemplo, un capítulo de *La escritura y la diferencia* titulado «Cogito e historia de la locura», en que el segundo se declara «discípulo admirativo y agradecido» (Derrida, 1989, p. 47) del primero.

Metiendo todos estos ingredientes en la batidora de mis días veraniegos, he conseguido hurtar algunas horas al solaz de la horizontalidad playera y de la vida familiar, para desarrollar y poner blanco sobre negro algunas ideas que se habían ido entretejiendo en mi cerebro desde la primavera. Aquí, lector, tienes el resultado, que espero que disfrutes y que he titulado *Ensayo Z*, porque me parece que describe tanto el objeto del que vamos a intentar hablar, el zombi y sus polisemias, como el método que vamos a emplear para acercárnoslo mediante esta lupa trucada de la escritura, guiada por un ánimo apocalíptico en un sentido distinto al que habitualmente se quiere significar con esta palabra. Para explicar a qué me refiero aquí con lo de *apocalíptico*, me gustaría recurrir al libro del *Apocalipsis*. En él leemos, en un inconfundible tono lapidario:

Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca. Tú dices: «Soy rico; me he enriquecido; nada me falta». Y no te das cuenta de que eres un desgraciado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te enriquezcas, vestidos blancos para que te cubras, y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez, y un colirio para que te des en los ojos y recobres la vista (Ap. 3, pp. 15-18).

En dicho texto se habla claramente de una *pérdida de visión* que podría ser interpretada como la causada por la tradición logocéntrica, necesitada de la deconstrucción, o, más sencillamente, como la alienación o inautenticidad en la que vive el hombre en nuestras sociedades de consumo, que requeriría de una toma de conciencia y de una acción posterior sostenida en coherencia. Hay algo en nuestro mundo que solo aparece retratado en justicia en el arte, en los cuadros de Bacon y de Freud, o en los versos desfondados y subversivos del cantautor Nacho Vegas, que, en *El hombre que casi conoció a Michi Panero*, dice cosas como: «Como buen occidental, sé nadar igual que un pez, un pez en un mar de mediocridad». Esta sería la razón por la cual, siguiendo el razonamiento y la canción: «mi único plan es sobrevivir». Pero quizás el mayor signo de esto lo encontramos en un arte alternativo y subcultural, en el cómic, que llega ya al discurso del meta-cómic a través de *Marvel Zombies*, donde se produce la *zombificación de los superhéroes* —aunque, es verdad, tal epidemia se produzca en un mundo paralelo, está fuera de toda duda que ésta amenaza con su ubicua necrosis a nuestra civilización—, con todo lo que esto significa en cuanto a la *muerte de los ideales* y a la denuncia del *statu quo*, que hasta el momento los cómics religiosamente legitimaban, pero que en este recién estrenado siglo XXI se dedican a minar —legitimando un nuevo orden—, como es el caso de *The Authority*, que...

... destaca por su inclusión de una relación homosexual en el grupo. Los superhéroes salen del armario. Apollo, cuya energía superhumana surge de la energía solar, y Midnighter, un vigilante con habilidades de lucha amplificadas, mantienen una relación amorosa estable (Carrión, 2011).

Por todo esto, en los capítulos que siguen voy a intentar traducir esta exigencia del apocalipsis como algo absolutamente deseable para el hombre posmoderno. Y voy a intentar hacerlo

a través de la figura del zombi, que alberga, creo, cierto potencial a este respecto. No es casual que la ficción zombi pertenezca de pleno derecho a un conjunto mayor que podríamos llamar ficción apocalíptica. La Z coincide con la última de las letras del abecedario y con la primera de la palabra zombi. Invita a pensar en éstos, que surgirían allá donde se produce la regresión del hombre hacia la *oralidad*. Así, la Z es el emblema de lo último, lo cual ha sido utilizado recurrentemente en la literatura de este subgénero, en novelas como *Lazarillo Z: Matar zombis nunca fue pan comido* (2009), una versión apócrifa, por infectada, del clásico de la literatura picaresca española, o en bombazos editoriales como *Apocalipsis Z* (2007), escrito primeramente en las páginas de un blog. De hecho, la literatura Z se ha constituido en el nombre del subgénero de estas ficciones. Todo lo cual, como se ve, constituyen razones para darle a este ensayo el título que tiene.

La intención, por tanto, en estas páginas, es la de hacer un ejercicio posmoderno de ensayo en el más amplio sentido de la palabra, dejando que el verbo viaje por las constelaciones más diversas y aparentemente heterólogas, aportando pedazos de mis lecturas como pruebas de cargo de mi pensamiento, reconociendo que hoy no nos basta con que signifique una parte excelsa de la cultura y del arte. El saber busca también su democratización con las tan lloradas amenazas de disolución que ello implica. Entiendo que mi colaboración a este respecto no está del lado de la difusión de la estulticia, sino del intento de mostrar los secretos significados que anidan en los recónditos momentos de ocio, donde el goce nos hace oscilar entre el vago entretenimiento y la comprensión de uno mismo. Los tiempos cambian y eso hace que la antropología, si quiere entender a su objeto, deba seguirlo en sus hábitos, deseos y gustos, sin perder tensión con respecto a la propia exigencia científica. Como bien vio Umberto Eco:

Entre el consumidor de poesía de Pound y el consumidor de

novela policíaca, no existe, por derecho, diferencia alguna de clase social o nivel intelectual. Cada uno de nosotros puede ser lo uno y lo otro en distintos momentos, en el primer caso buscando una excitación de tipo altamente especializado, en el otro una forma de distracción capaz de contener una categoría de valores específica (Eco, 2004, p. 84).

Sin embargo, como bien he dicho, también las expresiones culturales que tiempo ha podrían haber sido consideradas de perfil bajo, como el cómic, ganan hoy conciencia de sí mismas y se hacen auto-conscientes en sus discursos, e incorporan elementos críticos evidentes. Por eso, en mi modesta opinión, habría que salvar el ensayo de su inopinada caída en el ostracismo y consiguiente extinción, de ser un coto de caza protegido *por y para* señores y señoras engolados y repletos de finas capas de caspa, que aristocratizan la belleza y la verdad como si éstas fuesen los secretos beneficios de clubes exclusivos reservados a los más refinados y, supuestamente, inteligentes. Mi intención aquí es la de abrir el ensayo, haciéndolo deudor de una evidencia: que la realidad cultural no significa solo en sus epifanías más inaccesibles y complejas, sino que también es enjundiosa en sus versiones más populares, pudiendo, en muchos casos, encontrarse paralelismos entre ambos niveles en absoluto despreciables. Este modo de enfocar la cuestión tiene la inmensa ventaja de relativizar el desprecio cultural intergeneracional que observamos entre profesores y alumnos, padres e hijos, etc., ayudando a unos a apreciar el valor de los productos consumidos por los otros, intentando no caer en el relativismo fofo del cada uno a lo suyo, sino mostrando la inquietud común que mueve a unos y a otros a encontrarle algún significado a nuestras horas de vida en sus, nos parezcan *sui generis* o no, excursiones intelectuales.

Siguiendo esta divisa es, pues, como ha sido concebido este artefacto inacabado de sentido que es todo ensayo. El único modo de que funcione es leyéndolo, y el ensayo, actualmente,

no tiene demasiados adeptos. Por eso me he propuesto que el trayecto vaya de lo sencillo a lo más complejo. Así, en la primera parte podemos encontrar una somera explicación ampliada de la historia, sobre todo cinematográfica, de la polisémica metáfora del zombi. En la segunda parte, muestro algunas de las significaciones personales que he encontrado en el muerto viviente, justificando cada una de ellas hasta donde creo que llegan. Ahí es donde hablo de cosas tan extravagantes e inesperadas en este contexto como la depresión, o tan actuales y cruciales como la conflictiva diferencia entre el hombre y el animal. En la tercera parte es donde intento mostrar, del modo más ligero posible, a través de textos tanto de Foucault como de Derrida, que el zombi es también interesante en la filosofía contemporánea, porque permite replantear ciertos problemas de los que adolece nuestro modo de teorizar sobre la realidad. En la cuarta parte, el lector encontrará algunas conclusiones. Todo ello he intentado hacerlo sin añadir complicación e intentando mantenerme cercano al lector medio, no necesariamente interesado en cuestiones demasiado especializadas, pero manteniendo los mínimos estándares ensayísticos, ya que mi intención es la de abrir espacios de pensamiento tanto a aquellos que piensan que el cómic no es más que cultura basura, como a aquellos que consideran abstrusos e infértiles a todos aquellos que aceptan reflejar la ingente riqueza de la realidad adoptando discursos, palabras y pensamientos precisos y geniales que, en ocasiones, también son difíciles.

El reto ha sido descrito. Al final echaremos las cuentas. Ahora solo me queda agradecer a mi mujer el tiempo que me ha regalado para escribir las páginas que siguen. No solo dando la vida a nuestros hijos —no solo les dio a luz, sino que les entrega la suya propia día a día—, sino dándole importancia a lo que yo escribía, ayudándome a pensarlo y, cómo no, discutiéndolo hasta la saciedad. Ella, siempre me hace entender un poco mejor algo que después comentaremos con Derrida: que el don, la gratuidad, *si los hay*, solo son posibles si sucede el

imposible, esto es, la sustracción del gesto de donación a cualquier economía. Gracias a Anna sé que *sí los hay*... Tampoco quiero olvidar a la inmensa cantidad de amigos que, por su condición de *geek* o por simple y respetuosa amistad, me han ido bombardeando vía *Facebook* o *Twitter* con noticias siempre sorprendentes acerca de este mundo del zombi tan extendido en nuestra más actual civilización. Tanto a ellos como al resto de amigos que me miraban sin saber qué decir cuando les contaba de qué iba el libro que estaba escribiendo, así como a cualquier lector que haya llegado aquí sin pasar antes por mi vida, les deseo que, en la lectura de este ensayo, encuentren algo de lo que andaban buscando.